POR UN NIÑO VIVO

¡Esta es la vez, oh Dios, que más te pido!

M. MANTERO.

TE pedí ayer, Señor,
por esos niños que domestican fuegos fatuos,
que inventan mediodías con arcángeles
y saben más de Ti que de otra cosa.
Te pedí ayer, Señor, por un barro legítimo...

Pero hoy, con la lengua encallecida por la súplica,
con el ceño dispuesto a jurar banderas blancas,
he de pedirte por un niño,
por un montón de clavos retorcidos,
por doscientas dieciséis alcayatas mal puestas.
Ya Tú sabes de la misa la media...
(Buenas ganas me dan de recoger el asco
en donde quepa
y escupirle a las aves en el pico.)

Este niño no entiende de torsos burilados,
ni de por qué es alegre una bicicleta.
Su sonrisa reclama oraciones compuestas
y hasta una caracola
para irse acostumbrando a los océanos.
Lástima no, eso nunca, preferible
cualquier vesania de ortopedia
o, en último término,
un girasol con música y hormigas,
un pandero, un traje de buzo...

Dios mío, Dios de todos,
esta es la vez que más te pido:

usa ya las trompetas de la resurrección,
resucítame muerto a este niño que vive,
a este niño que espera resoluciones tuyas
y un pellizco de ala en la osamenta.



JOAQUÍN CARO ROMERO